



NAVIDAD
DON
DEL PADRE

PADRE ANDREA D'ASCANIO
OFM CAP

PONTIFICIA UNIVERSITÀ GREGORIANA
 00187 ROMA - PIAZZA DELLA PILOTTA, 4
 Telef. 47011 - Telegr. FUGI - 00187 ROMA

*Non vedo nessuno ostacolo dottrinale
 per la pubblicazione degli scritti
 del Padre, redatti dal Padre Andrea
 D'Ascanio.*

21 Settembre 2000

J. Galot '13

Padre Andrea D'Ascanio ofm capp

NAVIDAD DON DEL PADRE

Titolo original:

“Natale dono del Padre”

Colección de meditaciones extraídas de la revista "Dios es el Padre"

Este libro se acabó de imprimir 8 septiembre 1998

© Associazione Dio è Padre cp135 L'Aquila 67100

www.armatabianca.org

avemaria@armatabianca.org

¡FELIZ NAVIDAD A TODOS!

Yo ya viví mi “feliz navidad”.

Le “ayudé” a Domenico mientras esperaba el nacimiento de su séptima criatura, “hecha en casa”: un Rosario tras otro, hasta que se escuchó el llamado del nuevo timbre que anunciaba la llegada de Evelina.

Viví el “estupor” de la Navidad, la maravilla de una Vida que surge llevando todo un trasiego de vida: la llegada de los abuelos totalmente emocionados, los comentarios de los hermanitos, el entrar y salir de los amigos, el teléfono que no para de sonar y la noticia que resuena de casa en casa, siempre la misma, siempre nueva: “Tres kilos y medio... sí, todo salió bien... super greñuda... ¿bonita? Claro que sí, se parece a la mamá, menos mal... Pero es toda la figura del papá... No, no duerme, chilla...” Todo esto con un común denominador: la ALEGRÍA.

He logrado entender, al menos parcialmente, el “estupor” más grande de todos: aquel que debió haber sentido el Padre celestial cuando escuchó el primera llanto de Su Jesús, que puso a todo el paraíso de cabeza: los Ángeles que vienen a cantar su alegría, que traen el anuncio a los pastores y quien sabe cuántos

más; las estrellas que hacen eco de esto y se lo indican a los Reyes Magos. Cielo y tierra, el mundo espiritual y el material, se hacen competencia para comunicar la alegría de la Vida que explota.

Así es, la Navidad es propiamente una explosión de alegría que viene a romper lo grisáceo de la muerte en la cual nos hallamos inmersos. Y que se renueva a cada gemido de bebé que parte a los cielos y suscita en el Corazón del Padre un “estupor” siempre nuevo: en cada hijo de hombre, vuelve a nacer Su Hijo predilecto, que por amor a nosotros se hizo “Hijo del hombre”.

Esa alegría que Juan Pablo II, en su espléndido libro *“Superando los umbrales de la esperanza”*, llama la “alegría de la creación”.

Dios, que al crear ve que lo que crea es bueno (Jn. 1, 1-25), es fuente de alegría para todas las criaturas y, particularmente, para el hombre. Dios Creador para decir a toda la creación: “Es bueno que tú estés”.

Me quedo con este alegre estupor e intento mantenerlo vivo; no obstante el bombardeo de vida falsa que me cae encima en cada esquina de la ciudad; las luces falsas de una Navidad falsa, que resulta toda una farsa, porque no trae consigo ningún nacimiento.

Italia tiene la tasa de natalidad más baja del mundo, cero por ciento.

Recuerdo la época en que era capellán en un hospital, me daba mi escapada cotidiana de aquel mundo de dolor que mutaba en sonrisas cuando entraba en el área de “maternidad”: los moñitos azules y rosas pegados en las puertas deshacían la pesadilla de la reanimación y de los enfermos terminales. Era la vida que vencía a la muerte y todo recobraba su armonía en una forma más grande. De llamar la atención los rostros dolientes, pero luminosos de las madres, que tenían la conciencia de haber combatido una batalla existencial y de haberla ganado:

“La mujer, que está en trabajo de parto, está afligida, esto porque sabe que ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, olvida todo el sufrimiento por la alegría de haber traído al mundo a un hombre” (Jn. 16, 21)

Y ellas, las mamás, te recibían sonrientes, incluso aquellas que sentían el deber de llamarse “ateas” y nunca se oponían al bautismo; y cuando, abusivamente agregabas al nombre de pila el de María, entonces te miraban con una mirada de cierta complicidad: “ateo sí”, pero no de María.

Regresé al hospital por algún tiempo y fue traumático entrar de nuevo al área de “maternidad”: no había un solo moño pegado en las puertas, sólo había cinco pacientes (un tercio de la capacidad del hospital), de las cuales tres voltearon la vista apenas vieron al Sacerdote. La muerte ahora también triunfa en aquel mundo y a su servicio tiene nada menos que a quince “especialistas”.

Tres mujeres no quisieron combatir su batalla y el fruto es la angustia existencial, en vez de la alegría. Ese es el triunfo de la muerte.

¿Qué cosa está pasando? “*Vida y muerte se baten en un prodigioso duelo*” y parece que la muerte lleva la ventaja: el triunfo de Mammona es personificado por “Santa Claus” que, en las puertas de los supermercados, suena con su campana los repiques mortuorios de nuestro espíritu.

Pero la suya es una victoria ficticia: la Vida, que es Dios, ya venció en su encuentro contra la muerte. Y los dolores que padeció Evelina firmaron esta victoria.

Debemos sacar como conclusión de esto, que es tiempo de sacudirnos de encima esta anuencia fatalista a la muerte, que avanza y salir a contraatacar. ¿Cómo? Tal y como nos lo indicó Su Santidad Juan Pablo II, el gran campeón de Dios en estos tiempos, que claramente señaló la ruta a seguir: *¡los niños!*

“**¡LOS NIÑOS SALVARÁN AL MUNDO!**”, dijo muchas veces el Padre Pío de Pietrelcina. Este grito de esperanza está absorbiendo todas nuestras energías desde hace más de veinte años y finalmente los sentimos resonar desde la voz más alta que tiene la humanidad.

“¡Pequeños, qué poder tan formidable tienen sus oraciones!... El Papa cuenta con sus oraciones. He decidido pedirles a ustedes, mis queridos niños y jóvenes, que se hagan cargo de la oración por la paz... El Papa está seguro que no habrán de rechazar su petición y se unirán a su plegaria por la paz del mundo.”

(de la carta de S.S. Juan Pablo II a los niños de todo el mundo, Navidad de 1994)

Meditemos en el fondo el significado de estas palabras, que tienen un alcance infinito: el Papa, máxima autoridad espiritual sobre la tierra, para resolver el único verdadero problema, que es el de la paz, ¡encomienda su solución a los niños!

Es como si dijera, con el Padre Pío: ¡Ánimo! En los niños está la salvación del mundo: ¡hay que pedirles ayuda para enfrentar esta lucha y combatamos junto con ellos!

Si creen en lo que estamos escribiendo, si creen en las palabras de los profetas del tamaño del Padre Pío y de Juan Pablo II, ¿por qué no nos dan una mano? ¿Por qué no nos ayudan haciendo que los niños que oren?

Estamos en los últimos tiempos y cada uno debe hacer su propia parte. Tenemos la certeza, ahora más que nunca y confortados por la palabra del Sumo Pontífice, que estamos en el camino justo.

¡Qué el niño Jesús ilumine su mente, su corazón y su voluntad! (ibid)

Estamos en el sprint final. No dudamos en pedirles su ayuda, porque estamos seguros que la batalla que estamos peleando es la de María y es justa.

No nos detendremos hasta que todo “esté terminado”, hasta que se verifique el triunfo del Corazón Inmaculado de María.

¡Feliz Navidad a todos!

EL PADRE Y LA NAVIDAD

Cuando pensamos en el Amor, en el Amor absoluto, nos vienen de inmediato a la mente aquellas palabras de Jesús: “*Nadie ama más a sus hijos, que aquel que ofrece su vida por ellos*” (Jn. 15, 13)

En efecto, nada de más valioso se puede dar, que la propia vida, porque es el máximo bien con que contamos. Los mártires, sea en el sentido religioso que social de la palabra, son justamente considerados por esta razón como modelos a seguir.

El Evangelio, el gran anuncio de la nueva alianza fundada en el Amor, retoma continuamente este concepto que fue expresado concretamente por Jesús, maestro y modelo: “*Ámense los unos a los otros, como yo los he amado...*” (Jn. 15, 12), esto es, dando la vida los unos por los otros en un obsequio total, que debe perfeccionarse o completarse en el perdón: “*Padre, perdónalos...*” (Lc. 23, 24).

Jesús, el Amor encarnado, comenzó el rescate del hombre viviendo y transmitiéndonos su potencia de Amor que animó a la Iglesia desde el comienzo.

El Amor es la característica sobrenatural de la Iglesia Católica, y justamente la Eucaristía, el ofreci-

miento total que de continuo Jesús hace de sí mismo, es el corazón de toda la estructura del Cuerpo Místico.

Pero ¿entregar la propia vida es realmente el máximo ofrecimiento?

Navidad: regalo del Padre

¿Qué cosa es la Navidad?

Es el regalo del Hijo a los hijos extraviados, para que puedan volver a casa.

Es la primer Eucaristía, que Jesús celebra concretamente presentándose y ofreciéndose a nosotros desde el comienzo de la misma: *“Este es mi cuerpo, que será ofrecido en sacrificio por ustedes...”*

Pero, ¿quién ofrece este sacrificio por nosotros?

Estamos habituados a pensar, que es Jesús quien se ofrece a sí mismo, en su doble carácter de sacerdote y víctima. Pero esto no es del todo exacto, porque sabemos que él, encarnándose, cumple la voluntad del Padre: *“Aquí estoy yo, joh, Padre! para hacer tu voluntad”* (Heb. 10, 9); y *“se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y la muerte en la cruz”* (Fil. 2, 8).

Isaac representa a Jesús y Abraham al Padre que ofrece y sacrifica al Hijo.

Es el Padre que proyecta la redención.

Es el Padre que sacrifica al Hijo.

Es el Padre que ofrece al Hijo para volver a abrazar a todos los demás hijos.

“Un pequeño nos ha sido obsequiado”: es el Padre que, en María, la maternidad del Padre, nos ofrece al Hijo en un acto de reconciliación total, en un intercambio admirable entre lo humano y lo divino que une al cielo y a la tierra en una nueva y eterna alianza.

Juan, meditando en el Amor de Dios, penetra en este misterio hasta el fondo y ve con claridad en el Hijo, un regalo del Padre:

*Dios amó tanto al mundo,
que entregó a su Hijo único*

(Jn. 3, 16)

Mientras sonreímos con alegría ante la vista del Niño recién nacido, mientras admiramos conmovidos a la Madre que lo cuida en la sencillez del establo, ¿quién de nosotros ha dirigido alguna vez un pensamiento al Padre para agradecerle por habernos obsequiado al Hijo?

¿Quién de nosotros le dice: “Padre, gracias por tu obsequio” y además medita en su dolor?

Navidad: el dolor del Padre

Podría parecer extraño hablar del dolor que experimenta el Padre, desde el momento en que nos han enseñado que Dios es “impasible” y que de las tres Personas divinas sólo sufrió el Hijo en su humanidad, porque en su carácter de Dios “no podía ni sufrir ni morir”.

Si examinamos la encarnación con tales presupuestos, habremos de llegar a la conclusión que, con la lógica de un teólogo de café, la misma fue un inevitable y determinante movimiento estratégico que Dios estudió para derrotar al mal y liberar a la humanidad.

Pero la encarnación no es un gran juego de ajedrez en el que Dios juega contra el “enemigo”: ésta es el acto de Amor y dolor más sobrehumano que el Padre lleva a cabo con la colaboración del Espíritu Santo y el consentimiento del Hijo.

Por fortuna, el estilo de enseñanza que emplea Jesús, recordando que su enseñanza fundamental es que Dios es Padre, nos permite percibir los latidos del Corazón del Padre celestial, comparándolos con los que experimentaría cualquier padre en la tierra: es suficiente, para todos, la parábola del hijo pródigo.

¿Qué cosa siente un padre cuando ve a su hijo recién nacido? Revienta de felicidad y lo abraza junto a su pecho, experimentando sensaciones que nunca logrará describir.

El Padre celestial, al ver a Su Unigénito revestido de humanidad, no puede sino vibrar de infinita ternura. La alegría de la paternidad del hombre, que le fue arrebatada por el primer hombre, le es devuelta en plenitud por Jesús, cuyo espíritu lo llama Padre desde el primer gemido.

El nacimiento de Jesús desata una gran fiesta en el cielo: los Ángeles que llenan de luces y cantos la Noche santa no son sino un pequeñísimo eco de la alegría que hay en el Corazón del Padre.

¿Qué cosa siente un padre cuando su hijo único es llamado a las armas, en caso de guerra, y enviado al frente?

¿Cuál sería el sufrimiento de este padre si supiera que ese hijo suyo, inevitablemente, será muerto en combate?

Nada es oscuro al Padre. Él, mirando extasiado a Su pequeño entre los brazos de la Madre, ya tiene ante sí la visión de este Hijo suyo rechazado, ultrajado y crucificado. Y entonces inicia la gran pasión del Padre, a la cual se unirá la de María, que comenzará en el mo-

mento en que, durante la presentación en el templo, el viejo Simeón le revele la verdadera misión de aquel Niño.

Con la Navidad comienza el profundo sufrimiento de Dios, que se atenuará cuando Jesús resucitado vuelva a su seno; y terminará sólo cuando todos los hombres, porque ahora en cada hombre está Jesús, haya realizado con plenitud su propio camino de vuelta como hijo a Él.

El sufrimiento del Padre. Es el sufrimiento que le acarreamos al no aceptar el regalo del Hijo, porque no aceptamos su Voluntad, porque no sabemos darle acogida, como hizo María, en un “Sí” total y continuo.

“Consuelen el Corazón del Padre afligido” fue lo que se les pidió a los tres pastorcillos de Fátima. Esa misma invitación se nos hace a nosotros. Hay que acogerla misma con amplitud, tal y como ellos la hicieron, “aceptando días tras día lo que el Padre nos quiera mandar”.

Será nuestra Navidad cotidiana, una continúa explosión de alegría que emanará de nosotros, porque el Espíritu de Vida nos inundará y nos hará fecundos.

Como María. En Ella, como Ella, seremos manantiales de agua viva, para que en todos se realice la

Navidad; para que nazca un mundo nuevo; para que el Padre sea “todo en todos” y los Ángeles puedan cantar con nosotros, los hermanos de la tierra, el himno de Gloria al Padre para que, “como en el cielo”, su Triunfo de Amor llegué también “a la tierra”.

La Navidad de hoy día: la farsa de Santa Claus

¿En qué hemos convertido el máximo regalo que nos ha hecho el Padre? El misterio de la Navidad, que tiene como génesis profunda el Amor y la figura del Padre; ahora es, a lo más, una tradición sentimental; ya no se logra captar su infinita riqueza de significado espiritual.

Por el contrario, “alguien” entendió el significado de este misterio de Amor y ese “alguien”, en su rencor retorcido, ha logrado deformar la fiesta de la alegría interior en el gran banquete; la fiesta del “obsequio” en una fiesta popular de “regalos”; la figura del Padre celestial en la de “Santa Claus”, mundana como pocas otras, incluso si se pretende que venga del cielo.

Habitados como estamos a aceptar todo lo que se nos presenta, sin preguntarnos siquiera el cómo ni el porqué, hemos aceptado a este títere, con la misma

calma chicha con que nos dejamos encantar por la coca cola y devastar por el chicle, signos evidentes de nuestra degradación cultural: “Santa Claus” es la expresión más grosera de esto.

El árbol de Navidad ha sustituido a los establos miniatura donde se representa el nacimiento de Jesús, el muñeco al Niño: el signo de nuestra traición, casi siempre inconsciente, al Obsequio que nos hizo el Padre.

Si queremos una prueba de lo anterior, examinemos brevemente algún aspecto relacionado con la obra de esta contrafigura del Padre.

Santa Claus: la contrafigura del Padre

El Padre celestial, en Navidad, nos obsequia gratuitamente al Hijo, que es la expresión sobrenatural de su Amor. Santa Claus nos llena de regalos, que para nada son gratuitos y que simbolizan la expresión material de un egoísmo exasperado.

Los Ángeles colocados en la entrada de la Cueva, nos invitan con sus cantos a adorar al Niño Dios y a rendirle homenaje con nuestro amor.

“Santa Claus” se halla en la entrada de los supermercados y tiendas, con su campana, y nos anima a

entrar para rendirle a Mammona, dios de la riqueza, culto con nuestras compensaciones de fin de año.

El Padre nos manifiesta el regalo del Hijo con una “grandísima Luz” que ilumina las mentes y los espíritus, para hacernos reflexionar y andar hacia la fuentes de la Paz y del Amor: “*Paz en la tierra a los hombres de su amor*” (Lc. 2, 14).

“Santa Claus” nos presenta sus dones con luces esquizofrénicas, cuyo brillo aturde las mentes y desorienta a los espíritus, aspirándonos por los escaparates.

El Padre nos ofrece al Hijo por medio de María, en un medio pobre y sencillo, pero en aquel Niño desnudo está el Todo que llena y calma nuestros espíritus sedientos de infinito.

“Santa Claus” no hace envolver sus regalos en envolturas brillantes, pero llenas de nada, repletas de vacío existencial.

Después de la Navidad: concluye la farsa

Pasa la Navidad. El Padre, fiel a su Amor, en el Hijo que continuamente se encarna en la Misa, renueva su regalo de Paz.

Los regalos de “Santa Claus” se agotan, junto con las compensaciones de fin de año, pero nuestros corazones quedan ansiosos por la Luz que no acogimos, en nuestra mente sobrevive el amargo recuerdo de aquella marioneta que cada año es más entrometido y gordo.

En espera de otra Navidad que vendrá a multiplicar supermercados y a sus profetas, los payasos vestidos de rojo, arrastramos nuestra existencia de hijo huérfanos del Padre, porque no acogimos el regalo del Hijo.

Termina la farsa.

Para concluir

¿Cuándo libraremos nuestras conciencias de la droga que nos da ese títere que, desde lo alto de su *árbol*, nos invita a mirar hacia la tierra, lugar donde asienta “sus regalos”, para engancharnos hacia lo material?

¿Cuándo nos decidiremos a acoger el Regalo celestial que nos lleva hacia lo Alto, hacia el Padre que nos obsequia continuamente al Hijo para que a su vez esto se vuelva un regalo para Él y para nuestros demás hermanos?

Sacudámonos de encima el torpor que los valores falsos colocados al pie del falso “Abuelo” nos ha provocado; reencontremos los verdaderos valores espirituales, que el Padre nos señala en el establo donde nació Jesús: humildad, fe, silencio, obediencia, adhesión a la Voluntad de Dios, sencillez, pobreza de espíritu, penitencia y oración.

Navidad, el regalo del Padre... sufrimiento extremo del Padre y del Hijo para el triunfo del Espíritu de Amor para los hombres que, cuando lo comprendan, no dejarán de decir continuamente, por medio del Espíritu: “Papá, papá, papá...”

En la alegría y en el dolor, en la humillación y en la gloria, hay que pronunciar una sola palabra: “Papá”, en unión con el Hijo y con el Espíritu.

Sólo entonces viviremos la Navidad, gozaremos de la alegría y encontraremos la Paz: verdadero y único regalo del que tenemos necesidad en extremo y que el Padre nos ofrece en aquel Niño y al que accederemos si lo acogemos con la sencillez de los pastores, la humildad de los Reyes Magos y la fe de María y José.

LA NAVIDAD Y LA MISA

Mi Navidad

“¡Feliz Navidad!”, esto es, “¡Feliz nacimiento!”, es un deseo que era una oración, es decir, hemos intercambiado su significado, en la inconsciente esperanza de que realmente el Niño Jesús se encarnara en nosotros y nos diera la Paz. Nos hemos deseado que el viejo hombre muera para dar espacio al Hijo de Dios, a fin de que éste nazca en nuestro corazón.

Toda la iluminación neurótica de navidad se ha apagado; los gordos “Santa Clauses”, que nos han seducido para cambiar nuestras compensaciones de fin año por regalos inútiles y grandes comilonas, se han ido, dejándonos con un vacío interior todavía mayor.

Estos falsos mensajeros de la Navidad nos han aturcido y desilusionado, pero no han logrado apagar la majestuosa y divina Luz de la estrella; todos los paquetes colocados en el árbol no han logrado sofocar del todo el Obsequio que el Padre nos ha dejado en el establo; los banquetes no han logrado saciar el hambre de infinito que grita en lo más profundo del hombre.

Más bien, se ha agudizado la necesidad de la limpieza, sencillez y esencialidad propias del establo donde nació Jesús.

¡El establo donde nació Jesús!

La colocación de los denominados “nacimientos” es una tradición, quizás en alguna ocasión los hemos armado y colocado en algún rincón de la casa. No obstante, pocas personas son las que lo han preparado en lo más profundo de su ser, en el “pesebre” (Lc. 2, 7) que es nuestro corazón y que es el verdadero destinatario del Amor que viene.

En L’Aquila probamos algo nuevo: durante tres días, junto con otros amigos que vinieron de otras partes de Italia, nos preparamos para la Navidad sin banquetes, sin ruidos, sin pensar en regalos por hacer o recibir, adorando la Eucaristía y meditando en la Misa. Los hicimos con María y como María.

A continuación les presentamos algunas consideraciones que hicimos, de las cuales, sin duda, la principal es la siguiente: la Navidad no concluye con el ciclo litúrgico, sino que continúa en todas las Misas, todos los días, porque todos los días es Navidad.

En cada Misa es Navidad

La Misa no sólo es la “renovación” de la pasión y muerte de Jesús, sino que también es su reencarnación: no puede haber muerte sin que haya antes nacimiento.

A comienzos de este siglo, vivió en Cerdeña un sacerdote que murió muy joven, del mismo se narra un episodio, que arroja mucha luz en este sentido, que se repetía en cada celebración: al momento de la Comunión, se quedaba largo tiempo con las Ostia en la mano, sin decidirse a comerla. Como es fácil de intuir, esas pausas, que alargaban mucho tiempo la celebración, no eran bien vistas por los fieles que se fueron a quejar con el Obispo.

El Obispo se dirigió a la parroquia donde oficiaba aquel joven sacerdote y le pregunto la razón de su comportamiento, totalmente fuera de la ortodoxia. La respuesta que obtuvo fue desconcertante:

“Excelencia, después de la Consagración me encuentro con que ya no tengo entre las manos la Ostia, sino al Niñito en carne y hueso. No puedo hacer la Comunión hasta que no vuelve a ser una simple Ostia”.

El Obispo se quedo estupefacto, pero le ordenó al párroco que no se demorara tanto al momento de la

Comunión. Para asegurarse que su orden fuera respetada, se quedó a la Misa, pero al momento de la Comunión, volvió a repetirse la habitual espera y el prelado pasó un trago amargo al escuchar los murmullos de los fieles que lo miraban a él con desilusión e irritación. Finalmente, el joven párroco consumó la Ostia y regresó a la sacristía, donde ya lo aguardaba la ira del superior. Una vez que termino la reprimenda, con el candor propio de los santos, respondió: “Monseñor, yo quiero obedecer, pero ¿cómo le hago para comérmelo vivo?”

Este sacerdote murió hace ya muchos años, pero la experiencia que vivió permanece viva en la Iglesia y en nuestro corazón: Jesús renace en cada Misa. La Navidad continua en cada Misa. En casa Misa es Navidad.

¿Cómo vivimos nuestra Navidad cotidiana?

¿Cómo vivimos la Navidad cotidiana presente en cada Misa en que participamos?

¿Cómo nos preparamos para acoger a Jesús? ¿Tenemos la conciencia limpia? ¿Nos confesamos? ¿Nos confesamos bien, acusando un profundo arrepentimiento por todos nuestros pecados y haciéndonos el firme propósito de no volver a pecar de nuevo?

Si decimos que creemos en Jesús, que se nos presenta vivo y en todo su esplendor en la Eucaristía, entonces debemos vivir la Navidad todos los días, de forma cada más fuerte y total.

Debemos ser testigos verdaderos de la real presencia de Jesús en la Eucaristía, cada vez que asistamos a la misma debemos preguntarnos: si en este momento Jesús se me apareciera en todo su esplendor, ¿cómo me comportaría?

Saliendo de la Iglesia debemos volvernos apóstoles de la Eucaristía, debemos defender con todas nuestras fuerzas a Jesús Eucarístico, para evitar toda forma de desacralización.

¿Cuántos han hecho la Navidad? ¿Cuántos han acogido el obsequio del Padre? Pocos, muy pocos, porque la mayoría de las criaturas que dicen creer y que van a la Iglesia NO CREEN. Si creyeran, no se verificaría la continúa desacralización del Cuerpo y la Sangre de Jesús.

Nosotros no creemos

Nosotros no creemos. Si creyéramos, deberíamos ser los ángeles custodios de la Eucaristía, deberíamos dar testimonio de la misma.

¿Creemos que en cada ostia se encuentra vivo Jesús resplandeciente, con su cuerpo glorioso que se comunica a nosotros?

Y si creemos que Jesús se encuentra totalmente en la Ostia, tanto que cuando al sacerdote no le bastan para darle a todos los fieles y se ve forzado a romperlas en pedazos, ¿cómo podemos recibir la ostia en las manos, permitiendo que caigan al suelo muchos fragmentos?

No, la verdad es que no creemos, porque si creyéramos, entonces nos comportaríamos ante Jesús presente en la Ostia tal y como manda la Iglesia: haríamos una profunda reverencia o genuflexión cuando tuviéramos delante a Jesús para recibirlo; haríamos una genuflexión cuando pasamos ante el Tabernáculo; genuflexión con ambas rodillas cuando Jesús es expuesto; permaneceríamos de rodillas durante la Consagración, momento en que Jesús vuelve a nosotros.

Durante 70 años, los habitantes de la ex cortina de hierro pagaron con sangre el sólo hecho de persignarse, hoy reciben la Comunión de rodillas, viviendo en lo más profundo de su ser la Comunión con Dios, aquel Dios por el cual han muerto millones y millones de hombres, que no renegaron de él tan sólo para conservar la vida. En la sacristía de la iglesia de San Luis, única abierta al culto en Moscú, hay una señal de

tránsito en varias lenguas que dice “prohibido tomar la Comunión con las manos”.

Nosotros no creemos, porque si creyéramos verdaderamente no toleraríamos que, en tantas de nuestras iglesias, Jesús se quede solo, en la inmundicia, escondido y abandonado.

¡Si creyéramos!

Si creyéramos que recibimos la vida, entonces a cada “Hermanos idos en paz, la Misa ha terminado, deberíamos permanecer en adoración del Dios Vida que está en nosotros y absorberlo hasta las últimas fibras, para que al salir transmitiéramos dicho regalo a los demás. Debemos creer en la presencia real de Jesús en la Eucaristía y debemos vivir nuestra fe, dando testimonio de la continúa encarnación de Jesús en nosotros. Debemos permitirle al Padre que haga de nosotros su “gloria viviente”, como lo fue Jesús.

Yo creo: debo renovar mi fe en cada Comunión

Yo creo que en el Sacramento de la Eucaristía, yo como y bebo Vida en todas sus formas, con una Po-

tencia ilimitada que me permite vencer en todas las batallas, enfrentar todas las tormentas y ser regenerado a cada instante.

Yo creo que el Padre me quiere vivo y vital en el mundo, para que pueda dar testimonio ante los demás que Dios es Vida.

Creo que sólo esto importa y debo aprender a repetir siempre: “En cada Comunión que hago, yo como y bebo la Vida y en Dios todo lo puedo”.

Este es el hombre nuevo, esta es la Iglesia nueva basada en la certeza indestructible que Dios es Vida y que Jesús, viniendo a mí, me comunica toda su Potencia de Vida.

Esto es lo que debo predicar en el mundo y debo regresar a la fe de los primeros cristianos, reforzado con 2000 años de historia de los Santos.

Sí, voy a creer.

Sí, voy a creer. Viviré y transmitiré a cada cosa y criatura la Potencia de Vida que se irradia, incluso estando lejos.

Si esto es lo que voy a creer, entonces cuando la muerte me quiera destrozarse, yo reaccionaré con una

Potencia de Vida más grande, porque todas mis células serán invadidas por una Potencia Vital infinita.

Si esto es lo que voy a creer, en la medida en que lo crea lo habré de vivir y todo mi cuerpo emanará una poderosísima energía que no es tensión ni nerviosismo, sino energía vital pura, que se comunica a los cuerpos y espíritus, a la materia y al alma que comienzan a vibrar por dicha Potencia nueva. Si esto es lo que voy a creer, entonces tales cosas habrán de suceder.

Si esto es lo que voy a creer, entonces los regalos que el mundo viejo recibió no serán sino una milésima parte de aquellos que el Padre quiere obsequiarme ahora.

Si esto es lo que voy a creer y lo vivo continuamente, entonces el mundo podrá vivir también este regalo. Si no creo y no vivo el regalo, el mundo se quedará esperando: depende de mí vivificar al mundo.

Si esto es lo que voy a creer, lo viviré con alegría y con una potencia nueva, que irradiaré de mis ojos, rostro y de todo mi cuerpo.

Si esto es lo que voy a creer, entonces el Amor me llevará a amar a todas las criaturas, a abrazarlas y vivificarlas, a no juzgarlas nunca, sino a entregarles a

todos la Potencia de Vida que viene del Padre, pero que él me da a mí para que a mí vez yo la dé al mundo con mi SONRISA DE LUZ.

Y entonces, la estrella de la Navidad habrá de resplandecer.

ÍNDICE

¡FELIZ NAVIDAD A TODOS!.....	5
EL PADRE Y LA AVIDAD.....	11
Navidad: regalo del Padre	12
Navidad: el dolor del Padre.....	14
La Navidad de hoy día: la farsa de Santa Claus.....	17
Santa Claus: la contrafigura del Padre.....	18
Después de la Navidad: concluye la farsa.....	19
Para concluir.....	20
LA NAVIDAD Y LA MISA.....	22
Mi Navidad.....	22
¡El establo donde nació Jesús!.....	23
En cada Misa es Navidad.....	24
¿Cómo vivimos nuestra Navidad cotidiana?.....	25
Nosotros no creemos.....	26
¡Si creyéramos!.....	28
Yo creo: debo renovar mi fe en cada Comunión.....	28
Si voy a creer.....	29